

de entrar en España, la obra de las Cortes de Cádiz.

Como hemos de continuar la relación de la obra de la Constituyente y explicar cómo Fernando VII regresó a España, dejemos por otro lugar contar la acogida que las Cortes hicieron al tratado de Valençay, adelantando, por lo que interesa a la marcha de los acontecimientos, la conclusión. La Regencia y las Cortes se negaron a admitir dicho tratado y la guerra continuó entre España y Francia. Si Napoleón quería llamar así a los soldados de Soult y de Suchet, no le quedaba más remedio que abandonar el Mediodía de Francia a los aliados.

Italia, que tantos batallones había dado a Napoleón que casi por entero los enterró en España, no podía tampoco ahora auxiliarle, porque los austriacos la habían invadido, y los italianos no sentían afecto alguno por Napoleón, sin independencia y sin libertad, poco le agradecían que les hubiese libertado de los pequeños tiranuelos que la oprimían, y precisamente en esto era en lo único en que estaban de acuerdo Eugenio y Murat, pues en lo demás disentían, porque Murat había creído lo que Bentick le había insinuado para apartarlo de Napoleón, esto es, que toda Italia podría ser suya, y Eugenio no podía perdonar a Murat que les hubiese abandonado a todos en Koenigsberg. De modo que Napoleón no podía contar mas que con sus sesenta mil hombres y las pocas tropas que habían quedado en Francia y la guardia nacional para contener a los aliados que tenían ya a mediados de Diciembre concentrados sobre el Rin doscientos veinte mil hombres, y esto gracias a la repugnancia de Bernadotte en atacar el territorio francés, y a su deseo de guerrear con Dinamarca para redondear la Suecia.

No sin agrios debates entre prusianos y austriacos se abrió la campaña contra Francia. Los prusianos querían atacar por el Nordeste a fin de rescatar desde luego las provincias alemanas perdidas y avanzar sobre París. Los austriacos se oponían porque aquella era la parte de la frontera francesa mejor defendida, y porque en inteligencias con el partido reaccionario suizo, creían que, atacando por los Vosgos la Suiza, se uniría a ellos aislando más la Francia y asegurando por todas partes la restauración del antiguo régimen. Triunfó el plan de los austriacos que obtuvo en todas sus partes el éxito más completo.

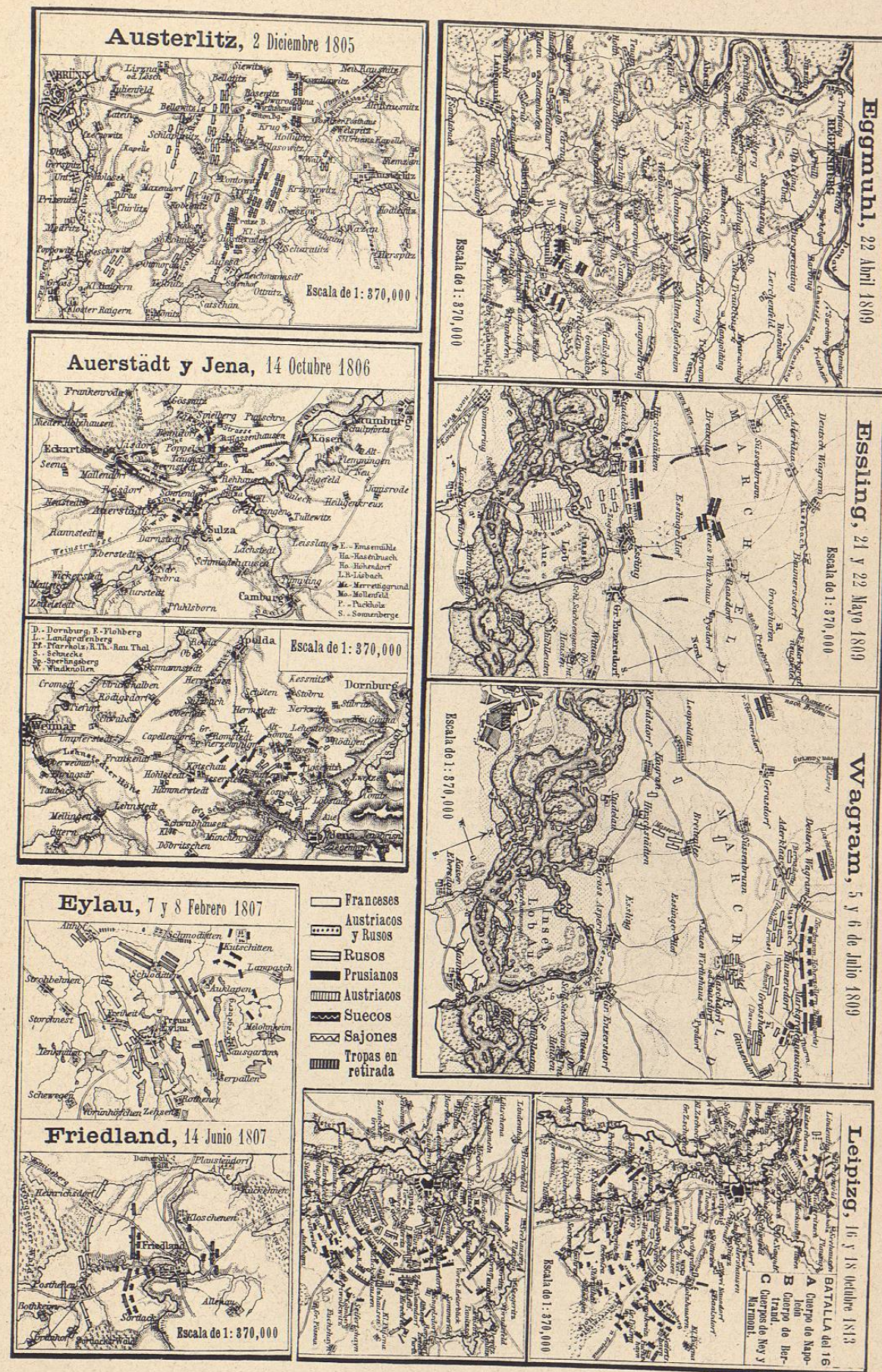
Hubieran querido los partidarios del nuevo orden de cosas, establecido en Suiza por Napoleón, impedir que los austriacos violasen su neutralidad y al

efecto ordenaron un llamamiento de tropas, pero la Constitución de mediación, bien que hubiese dado a Suiza once años de paz y prosperidad interior, era obra del extranjero, y los pueblos dignos no quieren deber mas que a sí mismos su regeneración. Por esto el partido de Waldhust, que estaba en inteligencias con los austriacos, podía explotar en favor de sus ideales políticos el patriotismo nacional. ¿Y qué sucedió? Que al presentarse el príncipe de Schwarzenberg delante de Basilea, la guarnición ó tropas encargadas de la defensa de su puente, se lo abandonaron, limitándose a protestar de la violencia, que esto y no más pudo hacer el presidente de la dieta Suiza, Reinhardt, sin que sea necesario meterse en averiguar si hubo ó no debilidad ó traición en su conducta, los acontecimientos eran superiores a la voluntad de los hombres en aquellos días, y el mismo Fernando VII tuvo que ceder de momento a los partidarios de la Constitución y de la guerra.

Hablar de la inviolabilidad de la Suiza, desencadenarse, como lo hacen los franceses contra Schwarzenberg por haberla violado el 21 de Diciembre cuando Napoleón no había respetado jamás frontera alguna, es un desahogo patriótico que no debe tolerar la imparcial historia. Francia no podía ser vencida con sus propias armas, y estas emplearon sus enemigos. ¿De quién, ó de quienes es, pues, la culpa?

Libre el paso de los austriacos, porque apenas se supo en Berna lo ocurrido en Basilea, el partido reaccionario se levantó contra la Constitución de mediación, asegurándolo así más la guerra civil, el año 1813 cerraba con la entrada de los primeros extranjeros en Francia por el lado del Rin. A su frente marchaban los emperadores de Austria y Rusia y el rey de Prusia. Blücher no pasó el Rin hasta el 1.º de Enero de 1814, cruzándolo por tres puntos entre Maguncia y Coblenz, sin que, y con esto queda dicho cuán grande era la desorganización del imperio, sin que las guarniciones de dichos puntos pudieran oponer obstáculo alguno a su paso. Blücher mandaba ciento cincuenta mil hombres. En fin, Bernadotte con sus cien mil hombres se disponía a invadir la Bélgica que defendía el general Maison, pero Bernadotte con quien iba a encontrarse primero era con Carnot.

Cual había de ser el resultado de la invasión de Francia, si ésta triunfaba, no era un problema para nadie. La restauración de Luis XVIII, y, por consiguiente, la restauración del antiguo régimen que ya pensaba en sus venganzas y se adelantaba a señalar sus víctimas. Defender, pues, el territorio de



Fototipia Thomas & C^a

PRINCIPALES BATALLAS DE NAPOLEÓN I EN ALEMANIA



la patria, era defender lo poco que se había salvado de la revolución y en definitiva para los hombres de la revolución era defender sus vidas y personas. Así vemos á Carnot ofrecerse á Napoleon y éste mandarlo á Anvers á defender este puesto avanzado contra Bernadotte. A Merlin de Thionville organizando un cuerpo franco en Picardía, á Augereau organizar un ejército en Lyon.

Como Napoleon al salir á campaña contra los invasores no pudo reunir más allá de cien mil hombres, ni un momento pensó en defender la línea del Rhin, sin embargo continuó con el fatal sistema de dejar guarniciones en las plazas fuertes con la creencia de que podría regresar á ellas, y con este sistema, que tanta gente le había hecho perder en Polonia, Alemania y España, continuaba ahora privándose de algunos miles de hombres que en la penuria que de ella tenía y en previsión de las grandes batallas que iba á librar, le hacían ahora más falta en los alrededores de París que en Dresde el año anterior.

Digamos que Francia no siguió el ejemplo que le daban Carnot y Merlin de Thionville, esto no era posible. De haberlo sido, ¿cómo explicar la persistencia del despotismo napoleónico! Francia no vió en 1814 comprometido más que á Napoleon, á los imperiales, pues, tocaba defenderle. Las previsiones del patriotismo no deben exigirse á las multitudes. El imperio había sido una aventura militar, por consiguiente, era necesario que muriese como había vivido, esto es, militarmente.

Napoleon, que iba á demostrar en esa campaña de Francia que en él vivía siempre el genio de Bonaparte, comprendió desde luego el grande error de sus enemigos al dirigir sus fuerzas para penetrar en Francia. Reunidos todos hubiesen vencido á Napoleon sin combatir, separados podía éste intentar batirlos en detall, pero lo que no llegó á entrever nunca Napoleon, es que estas mismas victorias, tras de las cuales salía el 25 de Enero de 1814 dejando á su mujer y á su hijo al amparo de la guardia nacional de París, compuesta de unos doce mil hombres en sus dos terceras partes mal armados y todos hombres sobrado maduros para pensar en batirse por una causa que tenía contra sí coaligada Europa entera, que esas victorias tan esperadas habían de resultar inútiles al fin, por la tremenda desproporción de las fuerzas de los combatientes. Y, sin embargo, la fortuna aún continuó sonriéndole con sus pérdidas caricias, pues una severa lección á tiempo tal vez le hubiera salvado.

Salió el gran guerrero á apostarse en los puntos

por donde esperaba que intentaran hacer su reunión Schwarzenberg y Blücher, por entre el Aisne, Marne, Aube y Seine, llamar todas las fuerzas disponibles y á Mortier que detenía el avance de Schwarzenberg le dió orden igualmente de desaparecer de su frente y de concentrarse. Al mismo tiempo reunía con Macdonald quince mil hombres que sacaba del bajo Rhin y de Bélgica, y de España hacía venir unos veinticinco mil hombres condenando á Suchet á la impotencia. Con esto reunió ciento y tantos miles de hombres, con los que esperaba vencer y hacer que aceptasen sus condiciones de paz quinientos mil hombres en los que iban enemigos tan implacables de Francia y de Napoleon como Blücher y Wellington.

Cuatro días después de haber salido Napoleon de París, y cuando no había llegado aún en donde le esperaba el grueso de sus tropas, marchando al frente de diez y siete ó diez y ocho mil reclutas sólidamente encuadrados, esto sí, se arrojaban sobre Blücher que ocupaba ya á Brienne con más de treinta mil hombres, causándole grandes bajas y arrojándole de todas sus posiciones, combate y victoria que no podía venir más en su hora, porque era en aquellos mismos momentos del encuentro, cuando los soberanos aliados á instancias de Castlereagh que había ido al cuartel general, asentían al pensamiento de éste de dejar á Francia reducida á las fronteras de 1790 y señalaban á Chatillón-sur-Seine como punto para tratar de la paz, en el caso, por de más improbable, de que Napoleon consintiera á tratar de ella bajo dicha base.

Schwarzenberg, al recibir la noticia del combate de Brienne, salió corriendo al encuentro de Blücher y de Napoleon que se había temerariamente adelantado hasta la Rothiere en donde fué asaltado el 1.º de Febrero por unos cien mil hombres cuando él no tenía más que treinta y dos mil. Pero á pesar del número supo resistirles victoriosamente durante todo el día, escapando de ellos con no menor gloria durante la noche.

Decisivos los momentos, al saber la traición de Murat dió orden á Eugenio que entrase en Francia con toda la gente que pudiera reunir, llamó á Suchet de Cataluña señalándole á Lyon por punto de reunión, y soltó contra España y Wellington á Fernando VII, y contra Italia y Murat á Pío VII, uno y otro se apresuraron á escaparse de Valençay y de Fontainebleau. Esto disponía Napoleon desde Troyes mientras observaba qué es lo que haría el enemigo después del combate de la Rothiere.

Por segunda vez Blücher y Schwarzenberg se